

XXI JORNADAS DE HISTORIA ECONOMICA
ASOCIACION ARGENTINA DE HISTORIA ECONOMICA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE TRES DE FEBRERO
Caseros (Buenos Aires), 23 al 26 de septiembre de 2008
<http://xxijhe.fahce.unlp.edu.ar>
ISBN: 978-950-34-0492-8

Autor: CEFERINO CRISTIAN BAVASSO

Pertenencia Institucional: UNSAM / IDAES – Universidad de Bologna- I.S. P. “Dra. Alicia Moreau de Justo”- CEHP (UNSAM).

Mesa N° 8: EL MUNDO DEL TRABAJO.

Correos electrónicos: ceferino_bavasso@yahoo.com.ar
ccbavasso@yahoo.com.ar

Código Postal: 1258

Teléfono: 4941-5952

Título del Trabajo: El Sueño Anarquista.

Autorizo a la publicación del presente trabajo

Debo Agradecer la generosidad y sapiencia de: Juan Suriano, María V. Grillo, Judith C. de Babot, Cecilia Hidalgo, Mirta Z. Lobato y a Luis A. Romero.

Abstract:

Un hecho al que se debió en buena parte la gran difusión del anarquismo, tanto en su variante individualista, primero, y en la sindicalista, después, fue la capacidad de atracción que mostró tener frente a la intelectualidad de origen pequeño burgués. En América Latina, el anarquismo reclutó a los intelectuales avanzados de las primeras décadas del siglo, particularmente aquellos formados al margen de las instituciones universitarias y de los ambientes académicos, cada vez más sensibilizados frente a la irrupción de la violencia en la “cuestión social” en la realidad del continente.

En 1895 apenas el 0,1% del total de los extranjeros residentes en todo el país había adquirido su ciudadanía; en 1914, no más del 0,9%. Aun en la ciudad de Buenos Aires, donde el índice era

mucho más elevado, en 1914 solo alcanzaba el 2,3%. El fraude, la violencia preelectoral, la represión, coadyuvaban a alejar a los obreros de las actividades políticas y a hacerles adoptar una actitud de indiferencia.

El crecimiento de las industrias dio lugar a transformaciones y a conflictos sociales. Socialistas y anarquistas entran en conflicto por dominar las fuerzas trabajadoras. Los obreros reclaman del Estado una política que los beneficie, pero la forma de conseguirla los divide profundamente. Los grupos moderados, donde dominan tendencias socialistas, tratan de lograr pacíficamente los mejores reclamos. Los grupos anarquistas, en cambio, sólo creían en la violencia como único medio para lograr las aspiraciones obreras.

1-CONTEXTO SOCIAL, POLÍTICO, ECONÓMICO Y CULTURAL ENTRE DOS CENTURIAS

“Si en una comarca nueva encontramos las mismas luchas por la vida y los mismos vicios de organización social que afligen a las viejas y decrepitas sociedades europeas, ¿qué motivo habría para asombrarse de ver germinar y propagar entre las masas los principios de las doctrinas libertarias?”

Pierre Quiroule, La Libertad, 1893.

Los lectores de historia, ya que no los escritores (debido a razones diversas) han buscado siempre el lado significativo, porque el hombre es un amnésico social, un desarraigado intelectual y, en cierta medida, también emocional, si desconoce los vínculos con el pasado. Y para muchos, el tipo de significación que ayuda ampliar este conocimiento no se encuentra en la búsqueda de situaciones pasadas análogas, en soluciones a problemas, sino en la posibilidad de comparar nuestras propias actitudes respecto a cuestiones fundamentales (justicia social, o la reacción frente a las obras de arte, el funcionamiento de la economía, de la política) con aquellas de las edades pasadas y, viceversa, la posibilidad de revisar las actitudes del pasado para inquirir de nuevo acerca de las nuestras.

“La cultura de los sectores populares porteños de la entre-guerra se define mejor por oposición a la dominante a principios de siglo XX que frente a aquella otra a la que, en la segunda posguerra, el peronismo imprimió un sello particular. Por aquellos años del novecientos, hacinados en los conventillos del Centro y de la Boca, marginados y excluidos de la sociedad y de la política, acusados en muchos casos de extranjeros e indeseables, trabajados profundamente por la ideología anarquista, los sectores populares supieron crearse ámbitos y espacios de reunión, de defensa de sus intereses inmediatos; al tiempo que presionaban sobre el Estado y la sociedad, supieron elaborar una identidad y, más aún, una cultura propia, que podría definirse como trabajadora y contestataria”.¹

Fueron las corrientes anarquistas las que, por lo menos hasta los años veinte del pasado siglo, mostraron su extrema ductilidad para representar buena parte de todo este híbrido mundo de pensamientos inspirados en proyectos de reformas sociales y de justicia económica, manteniendo no obstante una estrecha vinculación con las clases proletarias urbanas. La “receptividad” –para utilizar una palabra ambigua y neutra, y por tanto más evocadora que conceptual- del movimiento social latinoamericano a las pautas ideológicas, organizativas y de acción política de matriz anarquista obedece a una diversidad de razones. El anarquismo fue más la expresión de un subversivismo espontáneo de las masas populares, que la búsqueda de una resolución de la cuestión social. Su historia no es por tanto sino un mero capítulo de esta otra historia más vasta y complicada de las clases “subalternas”² que, al decir de Gramsci, es por naturaleza disgregada y episódica, y que, aún para ser estudiada como tal, requiere de una inmensa cantidad de fuentes con frecuencia difíciles o imposibles de recoger.³

Un hecho al que se debió en buena parte la gran difusión del anarquismo, tanto en su variante individualista, primero, y en la sindicalista, después, fue la capacidad de atracción que mostró tener frente a la intelectualidad de origen pequeño burgués. En América Latina el anarquismo reclutó a los intelectuales avanzados de las primeras décadas del siglo XX, particularmente aquellos formados al margen de las instituciones universitarias y de los ambientes académicos, cada vez más sensibilizados frente a la irrupción de la violencia en la “cuestión social” en la realidad del continente.

¹ Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero “Sectores populares cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra”, pág. 46, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995.

² José Aricó, “La hipótesis de Justo. Escritos sobre el Socialismo en América Latina”, pág. 32-33, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999.

³ Para el concepto de clase “subalterna”, Antonio Gramsci, “Cuadernos de la cárcel”. La mayor parte de ellas están agrupadas bajo el título de “Appunti sulla storia delle classe subalterne” e incluidas en el volumen sobre el II Risorgimento, Turín, Einaudi, pp.189-225, 1953.

En 1895 apenas el 0,1% del total de los extranjeros residentes en todo el país había adquirido su ciudadanía; en 1914, no más del 0,9%. Aun en la ciudad de Buenos Aires, donde el índice era mucho más elevado, en 1914 solo alcanzaba el 2,3%. El fraude, la violencia preelectoral, la represión, coadyuvaban a alejar a los obreros de las actividades políticas y a hacerles adoptar una actitud de indiferencia.⁴

El crecimiento de las industrias dio lugar a transformaciones y a conflictos sociales. Socialistas y anarquistas entran en conflicto por dominar las fuerzas trabajadoras. Los obreros reclaman del Estado una política que los beneficie, pero la forma de conseguirla los divide profundamente. Los grupos moderados, donde dominan las tendencias socialistas, tratan de lograr pacíficamente los mejores reclamos. Los grupos anarquistas, en cambio, sólo creen en la violencia como único medio de lograr las aspiraciones obreras. La Federación Obrera Regional Argentina (F.O.R.A.), creada en 1901 y con considerable fuerza en la Capital Federal, está dominada por los anarquistas, principalmente de origen español o italiano. Los moderados se habían organizado creando asociaciones como la Unión General de Trabajadores (1902). Desde 1904 la agitación obrera se hace más intensa por la influencia anarquista que trata de imponerse por el terror, dentro y fuera de los medios obreros, lo que hizo el Congreso, para contener los excesos, fue sancionar la Ley de Residencia, que autorizaba al Poder Ejecutivo a expulsar a los extranjeros indeseables (1902), pero que no resolvió el malestar social. La agitación prosiguió a todo lo largo de la presidencia de Figueroa Alcorta, dando lugar a medidas de represión. Una serie de atentados anarquistas, a los que no escapó ni el propio presidente, remataron en el asesinato del cuestionado jefe de la policía federal, Ramón L. Falcón (14 de noviembre de 1909). La impresión causada por este atentado hizo que el presidente declarara inmediatamente el Estado de Sitio en todo el territorio de la República, por el término de sesenta días, para combatir el desarrollo del anarquismo. La energía del gobierno no evitó nuevos atentados y se temió que las fiestas del Centenario de Mayo no se pudieran realizar, por lo que el Congreso declaró nuevamente en Estado de Sitio el territorio de la Nación (14 de mayo de 1910) y dictó la ley de Defensa Social que prohibió la admisión en el país de los extranjeros condenados por delitos comunes, y de las personas que patrocinaron la violencia contra funcionarios, gobiernos e instituciones, ley que también tenía previsiones contra las organizaciones e individuos extremistas (28 de junio de 1910). Si bien las reacciones obreras eran excesivas, es indudable que faltaba a los trabajadores una adecuada protección por parte del Estado. El problema obrero y las cuestiones relativas al trabajo terminaron por atraer la atención pública e imponerse a la consideración de los gobernantes. La reforma de la constitución de Tucumán de 1907, autorizó a la

⁴ Sergio Bagú, "Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Bs. As., págs. 71-72, 1961.

Legislatura a reglamentar el trabajo y la salubridad de las fábricas, y especialmente el trabajo de las mujeres y los niños. En este sentido, una ley nacional del mismo año se encargó de atender tan grave problema. El Congreso, al sancionar el presupuesto del año 1907, estableció una partida para organizar e instalar el Departamento Nacional del Trabajo, creación que fue un paso para atender los problemas laborales, aunque faltaba la ley orgánica que fijara la organización y atribuciones de este departamento, la que no fue dictada hasta 1912.

Cuatro décadas atrás la historia de los trabajadores se asimilaba en Argentina a la del movimiento obrero. En esta perspectiva se limitaba a las corrientes político-sociales que reclamaban su representación y a las acciones protagonizadas por ellas; se trataba, en realidad, de la crónica de los hechos desarrollados por estos grupos, con la adhesión en ciertos momentos de porciones importantes de los asalariados. Los mejores ejemplos de esta orientación son los trabajos de los historiadores clásicos de nuestro gremialismo, representantes de las principales ideologías que influyeron en él hasta la década de 1930: el Anarquismo⁵, el Socialismo⁶, y el Sindicalismo Revolucionario⁷.

Estas obras se caracterizan por el fuerte tono epopéyico y el importante compromiso político de sus autores, figuras relevantes de diversas posiciones. Su punto de inicio era la justicia de la causa que defendían y la convicción de que su lucha terminaría con el triunfo sobre los patrones y el Estado burgués; con ello los asalariados (económicamente explotados y políticamente subordinados) construiría un nuevo tipo de sociedad. Corrientes políticas surgidas con posterioridad (las que reclamaban una más auténtica representación de los trabajadores, con propósitos revolucionarios o de integración nacional) insistieron en esta perspectiva; militantes comunistas⁸ o intelectuales vinculados al peronismo⁹ ofrecieron su visión del movimiento obrero de intención fuertemente crítica hacia las interpretaciones anteriores, aunque con la misma metodología que ellas. Simpatizantes de unas u otras posiciones hicieron luego sus aportes, en la línea de los grandes hacedores¹⁰.

⁵ Abad de Santillán, Diego, "El anarquismo en el movimiento obrero", ediciones Cosmos, Barcelona, 1925.

"El movimiento obrero argentino ante el golpe de estado del 6 de septiembre de 1930", Revista de Historia, 3, La crisis de 1930.

⁶ Jacinto Oddone, "Gremialismo proletario argentino", ED. Liberia, Bs. As., 1975.

⁷ Sebastián Marotta, "El movimiento sindical argentino, su génesis y desarrollo", 3 Vol., Ediciones Lacio, Bs. As., 1961-1970.

⁸ Rubens Iscaro, "Breve historia del 1º de Mayo", Editorial Anteo, Bs. As., 1961.

Id. "Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino", Editorial Anteo, Bs. As., 1958.

⁹ Alberto Belloni, "Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino", A. Peña Lillo Editor, Bs. As., 1960.

Luis Costa Cerutti, "El sindicalismo. Las masas y el poder", Trafac, Bs. As., 1957.

¹⁰ Hiroschi Matsushita, "Movimiento Obrero Argentino, 1930/1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo", Siglo Veinte, Bs. As., 1987.

Para los cronistas de las primeras entidades gremiales estaba implícito que los reclamos obreros se originaban en los abusos que debían soportar y la vida miserable a la que los condenaba su salario o el paro forzoso, bastante frecuente en la época. No se trataba de extenderse demasiado sobre aspectos que se daban por sobreentendidos; tampoco se entretuvieron en analizar los cambios de posiciones de los empresarios y la burocracia estatal, ni los matices que pudieran existir entre ellos. Ilusionados con las perspectivas del triunfo, no reflexionaron mucho sobre las respuestas que recibían sus propuestas o la eficacia de ciertas orientaciones de los sectores dirigentes de la sociedad que tendían a atenuar los conflictos sociales.

Esta visión de las clases subordinadas dejaba en la oscuridad demasiados proyectos, colocando en primer orden las jornadas de los trabajadores. La condición militante de sus autores explica esta característica: más que la reconstrucción del pasado, les interesaba contribuir a la construcción de un futuro mejor, que provenían más o menos inminente. Sus historias del movimiento obrero argentino eran, en realidad, parte de las banderas ideológicas que empuñaban.

El aporte que han hecho estos hombres a la historiografía argentina es de gran relevancia. Con un criterio comprometido, han dejado testimonio de sucesos y acontecimientos que los tuvo como protagonistas: a través de sus obras se ha preservado una valiosa documentación. Además debe hacerse notar, que esos trabajos reflejaban la profunda disconformidad de importantes sectores de la sociedad argentina ante las consecuencias de un proyecto que se asentó sobre el esfuerzo, escasamente compensado, de centenares de miles de hombres y mujeres anónimos. Con todas sus limitaciones, las historias que escribieron superaron en mucho a la producción académica en las que casi siempre las multitudes estuvieron ausentes; a diferencia de ella, el protagonismo recayó en un sujeto colectivo, portador de proyectos de cambio que cuestionaban radicalmente las relaciones sociales existentes.

En el estudio de las consecuencias de la inmigración para el desarrollo económico, surgen notorias diferencias con el proceso de otros países como el de Estados Unidos, haciéndose imprescindible tomar ciertos recaudos para evitar extrapolaciones. Las distinciones en el punto de inicio se deben a los recursos naturales y otras características del medio, a diferencia entre la colonización hispano-católica y la que se impregna de una serie de actitudes que suelen atribuirse al protestantismo, y al hecho de que los Estados Unidos conquistan su independencia contra Inglaterra a partir de un problema económico, mientras que la Argentina sale del dominio español para caer bajo la influencia del polo de crecimiento británico. La realización se debe a que los norteamericanos fortalecen la expansión de su frontera por el procedimiento de la colonización agrícola y adoptan desde muy temprano medidas de protección a su desarrollo industrial.

La afluencia de inmigrantes a territorio argentino se debió a planes que no llegaron a concretarse y, muy especialmente, a la creciente demanda de mano de obra estimulada por la inversión de capitales extranjeros. A su vez, creaba un clima favorable para nuevas inversiones.

La inversión de capitales extranjeros y la afluencia migratoria no pueden ser analizadas como variables absolutas, sino en relación a cada circunstancia en particular.

La inmigración proporcionó mano de obra, personal calificado y cierto número de hombres de empresa, pero por las características de la expansión, bajo la dependencia británica y con rígidos controles que impedían cambios en la estructura económica local, es así que se limita a la actividad empresaria en la industria, mientras que las iniciativas se canalizan hacia las actividades comerciales y especulativas, al tiempo que se incrementa la urbanización apresurada.

De este modo resulta una distorsión de la estructura social.

El mantenimiento de los controles por la oligarquía terrateniente y la aspiración de ascenso social de los recién llegados llevan a constituir un sector terciario artificial, con un mayor número de actividades no productivas.

La inmigración fortaleció el proceso de modernización. En sus aspectos culturales debe ahondarse en el papel que le cupo en la distorsión del mismo, al introducir con rapidez elementos de la civilización europea que no fueron asimilados adecuadamente en su totalidad.

Social y políticamente, el país comienza a adquirir una fisonomía distinta entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX. La clase social cuyo sustento económico era la ganadería y el latifundio veía sus intereses defendidos activamente por los políticos de diversos partidos. Es un período de denso aporte inmigratorio, de formación de nuevos estratos de clase media urbana y rural y de clase obrera, así como de surgimiento de fuerzas políticas: el socialismo, cuya suerte electoral quedó ligada a la gran metrópoli, el radicalismo, de difusión nacional. Entre otros grupos es menester mencionar al anarquismo que tuvo una prédica continua y constante.

El programa y el credo de la oligarquía gobernante, representaba a veces en la magistratura por hombres de talento, fue el estado liberal, abre su puerta al capital y la mano de obra extranjera, sin leyes ni condiciones que aseguraran la tierra a sus ocupantes, ni sensibilidad para comprender la índole del naciente movimiento obrero, ni sometimientos a iglesias ni fuerzas militares.

Con su gran masa de inmigrantes aún no asimilada y un desequilibrio en el desarrollo económico regional ya muy ostensible a favor de la zona litoral, no existía sino un modesto grado de cohesión nacional. Pero varias circunstancias favorables actuaron durante esta larga etapa: la estratificación social no se polariza con el rigor que en el resto de América Latina, los grupos de clase media se multiplican y muestran propensión a participar activamente en la vida pública, la movilidad social y

vertical es grande en las zonas urbanas. Sin iglesia, ni ejército poderoso, todas estas circunstancias crea un clima de sentimientos democráticos, de confianza en las posibilidades materiales del país y en la suerte de cada individuo, que iba a impregnar a la política argentina (nacional e internacional) de un tono de orgullosa independencia y obstinada afirmación nacional.

El anarquismo, y en menor medida el socialismo, impusieron un fuerte sello a la cultura política de los sectores populares, aunque no la moldearon por completo. Influyeron también en ella las tradiciones menos reflexivas de los inmigrantes, pero sobre todo las experiencias espontáneas, particularmente las que derivaron de los enfrentamientos, cada vez más duros, con el Estado. El anarquismo, sobre todo, supo identificar su lenguaje con las expectativas del conjunto de los inmigrantes y trabajadores no calificados, muchos de ellos semianalfabetos, capaces de recibir un mensaje más emocional que intelectual. En los abigarrados conglomerados obreros del Buenos Aires del 1900, antes de que comenzaran a manifestarse tanto el proceso de sub-urbanización como el de la diferenciación social, en los conventillos o en los talleres donde transcurría la vida toda, donde se comía y se leía colectivamente “La Protesta”, se consolidó rápidamente esta auto identificación de los trabajadores, extranjeros y excluidos, que se complementó con la que, del otro lado, los calificaba de extranjeros indeseables, desagradecidos y perturbadores, fuente de todos los males. Para ellos resultaban sin duda atractivas las consignas anarquistas: deshacer la sociedad y volverla a hacer, sin patrones y sin Estado. También para esta masa excluida era significativa aquella propuesta más amplia de construir un mundo cultural paralelo, de bibliotecas, centros de discusión, periódicos y escuelas, donde se forjara la cultura y la moral de unos trabajadores capaces de rechazar las apelaciones, cada vez más enérgicas, del Estado.

Esta conciencia política trabajadora, contestataria, que elegía el camino de la solidaridad de clase y el enfrentamiento radical, debió competir pronto con otra, más espontánea, nacida al calor de las crecientes oportunidades que una sociedad relativamente abierta ofrecía al ascenso individual. Si bien no fueron todos quienes lo lograron, ni siquiera la mayoría, esta imagen de la sociedad fue lo suficientemente consistente como para minar la conciencia de la solidaridad de clase. Los rasgos de esta nueva cultura política popular, reformista e integrativa, que afloraron plenamente en la segunda década del siglo, se manifestaron anticipadamente en algunas zonas de la sociedad popular ya antes de 1910¹¹.

¹¹ Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, “Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra”, Pág.111-112, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995.

2- EL CAMINO HACIA LA UTOPIA

Es menester considerar en principio, ciertos criterios que se han vertido a lo largo de la historia de las ideas y que son de suma utilidad para comprender el clima ideológico entre fines del siglo XIX y mediados del siglo XX, sobre todo en el período de la post-guerra y de la incipiente guerra fría.

Es posible dar como ejemplo un caso específico, la obra “Capitalismo, Socialismo y Democracia” de Joseph A. Schumpeter, que aborda el tema desde una crítica política y por sobre todo económica. La Utopía de Tomás Moro (1478-1535), leída, admirada e incluso copiada fielmente en el siglo XIX –testimonio de ello son los éxitos de Cabet y de Bellamy-, presenta el cuadro de una sociedad frugal, moral e igualitaria, que era la opuesta exactamente a la sociedad inglesa de la época de Tomás Moro. Este ideal puede no ser la forma literaria de una crítica social. Tal vez se necesite admitir esto para una presentación de la opinión de Tomás Moro acerca de los fines de la planificación práctica. Sin embargo, si ha de entenderse en este último sentido –y así lo fue-, la dificultad que presenta no radica en la impracticabilidad. En algunos aspectos es menos impracticable que ciertas formas contemporáneas de socialismo idílico. Por ejemplo, se enfrenta con la cuestión de la autoridad y acepta abiertamente la perspectiva –exaltada, indudablemente, a virtud- de un nivel de vida modesto. El inconveniente auténtico es que no intenta mostrar como ha de evolucionar la sociedad hacia ese Estado ideal (excepto, posiblemente, por conversión) ni que factores reales podrían actuar para implementarlo. El ideal puede gustarnos o disgustarnos. Pero no podemos hacer mucho por él.

Otro tipo puede estar representado por el socialismo de Roberto Owen (1771-1858). Fabricante y reformador práctico, no se contentaba con concebir –o adoptar- la idea de las pequeñas comunidades autárquicas que produjesen y consumiesen sus medios de subsistencia con arreglo a los principios comunistas.

En primer lugar, confiaba en la acción del gobierno, y después, intentó el efecto de dar un ejemplo. Así podría parecer que el plan era más practicable que el de Moro; no era un ideal tan sólo, sino también un puente que conducía a él. En realidad, sin embargo, esta especie de puente sirve solamente para ilustrar de un modo más preciso la naturaleza del utopismo. Pues tanto la acción del gobierno como los esfuerzos individuales encaminados a este fin son introducidos como de la ex machina, ya que la introducción de estos factores habría tenido que realizarse porque algún agente pensase que merecía la pena hacerlo. No se indicaba, ni podría haberse indicado, ninguna fuerza

social que marchase hacia la meta. No se proporcionaba ninguna tierra para los rosales; se les dejaba que se alimentasen sólo de belleza¹.

Lo mismo puede decirse del anarquismo de Proudhon (1809-1865), excepto que, en su caso, el error claramente económico resulta mucho más evidente que en la mayoría de los demás clásicos del anarquismo, quienes despreciaban la argumentación económica y, si subrayaban el ideal de la cooperación libre y a estatal de los individuos o la labor de destrucción que había que realizar para abrirle paso, evitaban los errores de razonamiento de base, principalmente, de evitar razonar. Como “poetas, lunáticos y amantes de la imaginación, todo junto”, eran incapaces, por su propia constitución, de hacer nada, excepto desbaratar los planes socialistas e introducir la confusión en las situaciones de excitaciones revolucionarias. No es difícil simpatizar con la aversión de Marx, que a veces no estaba exenta de desesperación, frente a la conducta de M. Bakunin.

Pero el anarquismo era un utopismo con venganza. Esta especie patológica ha sido mencionada tan sólo para dejar completamente claro que tales resurgimientos de la mentalidad del siglo XIV no deben ser confundidos con el socialismo utópico de cuño auténtico que ostentaba con mejor título los escritos de St. Simon (1760-1825). En ellos se encuentran sentido y responsabilidad vinculados a una potencia analítica considerable. La meta que tienen ante sí no es absurda ni visionaria. Lo que le falta es el camino; aquí también el único método sugerido era la acción del gobierno, acción a emprender por gobiernos que en esa época eran esencialmente burgueses².

3- EL CENTENARIO: CARACTERÍSTICAS DEL FESTEJO

¡Hay en la Tierra una Argentina!

He aquí la región del Dorado

He aquí el paraíso terrestre

He aquí la ventura esperada

He aquí el vellocino de oro¹.|

¹ Esto mismo podría decirse del plan similar de Carlos Fourier (1772-1837), que, sin embargo, no todo el mundo lo llamará socialista, ya que la mano de obra solamente había de percibir los 5/12 del producto social, yendo el resto al capital y a la dirección. Aunque de por sí era un intento meritorio el tener en cuenta realidades, es de observar que a la mano de obra le iría en este Estado ideal peor de lo que le va, en realidad, en la sociedad capitalista. En la Inglaterra de la ante-guerra, por ejemplo (véase A. Bowley: *The division of the Product of Industry*, 1921, pág 37), los sueldos y salarios por debajo de 160 libras absorbían, en las fábricas y las minas, el 62% del valor de la producción neta, o bien el 68%, si contamos los salarios superiores a 160 libras. Por supuesto, los ideales de Fourier no eran primordialmente económicos; pero en tanto que lo eran ilustran muy bien el elemento tan grande de ignorancia acerca de los hechos capitalistas que entran en los credos reformistas.

² Joseph A. Schumpeter, “Capitalismo, Socialismo y Democracia”, Pág. 390-391, Madrid, Editorial Aguilar S.A., 1968.

¹ Rubén Darío, “Canto a la Argentina”, en *Obras poéticas completas*. Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1953, pág. 768.

Cuando el carro de Apolo pasa
una sombra lírica llega
junto a la cuadriga de brasa
de la divinidad griega.
Y se oyen como vagos aires
que acarician a Buenos Aires:
es el alma de Santos Vega.
El gaucho tendrá su parte
en los jubileos futuros,
pues sus viejos cantares puros
entrarán en el reino del Arte.
Se sabrá por siempre jamás
que, en la payada de los dos,
el vencido fue Satanás
y Vega el payador de Dios.

Rubén Darío, “Canto a la Argentina”, 1910.

En mayo de 1910, cien años después del acontecimiento fundador, la Argentina se dispone a celebrar su independencia de manera grandilocuente. Las fiestas del Centenario son la ocasión de mostrar a una multitud de prestigiosos visitantes extranjeros un país donde el progreso y el enriquecimiento parecen no tener límites. La Argentina del Centenario es un país unificado que ha resuelto los principales problemas del siglo XIX.

Buenos Aires, la ciudad portuaria, se ha vuelto la lujosa capital de una nación que parece haber alcanzado su apogeo. En esta “república oligárquica” que representa el orden conservador y la completa incorporación del país a la civilización europea, la democracia sigue siendo un ideal lejano, pero la prosperidad está a la orden del día. La Argentina se ha convertido en el granero del mundo: exportaciones de carne y trigo, importaciones de capitales y de mano de obra, instalación de ferrocarriles y frigoríficos. Mientras los miembros de la elite gastan sus enormes fortunas en Europa, enriqueciendo la lengua francesa con un nuevo hispanismo: *rastaquouéres*², los poetas celebran el advenimiento y consagran el mito de una Argentina “tierra prometida”.

² Personaje exótico y vistoso, que ostenta un lujo sospechoso; fonética francesa del castellano “arrastra cueros”.

Pero este “paraíso terrestre” aparece cuestionado por los sectores que reclaman la instauración del sufragio universal y que, desde 1890, multiplican los actos de rebelión. Con todo, estas exigencias de democratización no impiden que la clase dirigente decida festejar de manera suntuosa el primer centenario de un hecho del que se reconocen legítima heredera.

Los visitantes extranjeros se suceden: príncipes, generales, presidentes, dejándonos algunos bellos testimonios de sus periplos y de sus impresiones³.

Predomina el asombro ante una ciudad que supera en lujo y en extravagancias a las grandes capitales europeas. Estos viajeros prestigiosos se muestran ciertamente fascinados por el despliegue de riquezas, aunque lo critiquen mordazmente denunciando la excentricidad y el esnobismo de una clase dirigente cuyo “exceso cosmopolitismo” termina por incomodarlos... Signo y síntoma de una época de contrastes, sobre el cuadro luminoso de las fiestas patrióticas se proyecta una sombra: un movimiento obrero que llama a la huelga general “para poder festejar la libertad con más libertad”. Las Federaciones Anarquistas piden la derogación de la Ley de Residencia, por la que los extranjeros huelguistas eran expulsados. La huelga se prohíbe y el “magnífico Centenario” debe adecuarse al estado de sitio. Los diarios y locales Anarquistas son incendiados así como, en el mismo impulso, el diario del Partido Socialista que protesta enérgicamente pues no había apoyado la huelga y se declaraba “respetuoso del tradicionalismo sincero de los ciudadanos”⁴.

En este comienzo de siglo, la conciencia histórica es una conciencia liberal y centralizadora. Se glorifican los orígenes de la patria como obra de un grupo de hombres progresistas y clarividentes, pero esta identificación no genera todavía una conciencia nacional. Hombres ilustrados festejan una revolución de independencia realizada por un puñado de hombres igualmente ilustrados y, además, heroicos. Aunque una importante corriente de opinión haya comenzado a exigir con firmeza su participación en los asuntos públicos y en los beneficios de la nacionalidad, en la conciencia histórica restringida del Centenario, el pueblo del pasado no tiene más derechos que el pueblo presente.

La conciencia de los orígenes celebrada en los festejos del Centenario perpetúa la oposición entre “civilización” y “barbarie” según los términos consagrados por Sarmiento, el gran enemigo de

³ G. Clemenceau, “Notas de viaje por la América del Sur”, Cabaut y Cía. Editores, 1911.

L. D’Orleans Braganza, “Sous la Croix du Sud”, París, Editorial Librairie Plon, 1912.

J. Belda, “El compadrito”, Biblioteca Hispania, 1919.

S. Rusiñol, “Un viaje al Plata”, Prieto y Cía. Editores, 1911.

J. Bryce, “La América del Sur. Observaciones e impresiones”, The MacMillan Company, 1914.

J. Huret, “En Argentine. De Buenos Aires au Grand Chaco”, París, Fasquelle, 1911.

“En Argentina. De la Plata a la Cordillera de Los Andes”, París, Fasquelle, 1913.

⁴ S. Marotta, “El movimiento sindical argentino”. Editorial Lazio, 1960, Vol. II, Pág. 70.

Rosas. La insubordinación de las provincias argentinas, los caudillos, las montoneras⁵ de masas ignorantes, las guerras sangrientas del siglo XIX, Rosas y sus métodos bárbaros, todo ese pasado proscrito no ha hecho sino retrasar el progreso de la civilización argentina. Y como Sarmiento había escrito contra Rosas un excelente panfleto que se volvería, con justicia, en obra central de la literatura nacional,⁶ el autor del célebre “Facundo”, el hombre que sembró el país de árboles y de escuelas, encarnará el símbolo mismo de la civilización y será consagrado, tempranamente, como uno de los grandes patriarcas fundadores de la nación. Apenas doce años después de su muerte, durante la celebración del 25 de mayo del año 1900, bajo la segunda presidencia del general Roca, la estatua de Sarmiento (encargada a Rodin) se levantaba sobre los terrenos de los que había sido desposeído Rosas: el magnífico bosque de Palermo vuelto jardín público de la ciudad de Buenos Aires.

Ahora bien, cien años después de la independencia, se percibe la amenaza de otra “barbarie” más peligrosa, quizás, que la de antaño. Las primeras huelgas de obreros organizados sindicalmente y una inmigración que ha superado todas las previsiones provocan un sentimiento de inseguridad en el seno de la elite. El odio contra los “terroristas” extranjeros se extiende a los inmigrantes en general, y el temor obliga a repensar el modo de integración posible de este “nuevo pueblo” en el modelo de nacionalidad legado por los padres fundadores. Si los sectores más lúcidos de la clase dirigente ya habían expresado su perplejidad frente a una población heterogénea y mal integrada, la cuestión vuelve al primer plano en el momento del Centenario. Y la interrogación famosa de Sarmiento, expresada al fin de su vida, será retomada por muchas voces en las primeras décadas del siglo XX:

“¿Somos extranjeros? Tantas caras cobrizas nos desmienten. ¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta. ¿Somos mixtos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni argentinos ni americanos quisieron ser llamados. ¿Somos Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste, ni cimiento? ¿Somos argentinos? ¿Desde dónde y hasta cuándo? Bueno es darse cuenta de ello.”⁷

Esta pregunta de Sarmiento volverá a ser formulada en un conjunto de escritos que buscaban una explicación para la falta de identidad argentina, en un clima intelectual que se ha caracterizado muy

⁵ En el siglo XIX la palabra “montonera”, que proviene de “montón”, designaba una tropa de rebeldes a caballo, a las órdenes de un caudillo o jefe local.

⁶ Domingo F. Sarmiento, “Facundo. Civilización y Barbarie”, biografía de Facundo Quiroga, caudillo de la provincia de La Rioja, publicada por primera vez en Chile en 1845, durante el exilio del autor.

⁷ Domingo F. Sarmiento, “Conflicto y armonías de las razas en América”, citado por Alcides Calandrelli en su conferencia “Cultura y Nacionalismo”, en Revista de la Universidad de Buenos Aires, Segunda época, 1925, sección 2 (1-2), Pág. 263.

bien como “la reacción nacionalista del Centenario”.⁸ Pero no se ha hecho notar lo suficiente hasta qué punto estas preocupaciones e interrogaciones cristalizarán alrededor de un programa de argentinización en el que el discurso histórico y el recurso al pasado desempeñarán un rol sumamente primordial y de gran importancia.

4 - TRAS LA POSIBILIDAD DEL IDEAL ANARQUISTA

Más que los socialistas, los cuales practicaban una teoría del cambio cimentado en las conquistas graduales mediante la acción parlamentaria; o que los anarquistas, para los cuales la transformación se produciría por acciones voluntaristas de toda índole pero enmarcadas en un cambio general de las mentalidades, los sindicalistas defendían un cambio que partía del interior mismo del sistema capitalista, desde el centro neurálgico de su poder económico. Es por eso que, en 1918, saludando a la Revolución Rusa consideran que la solución de la lucha sólo se obtendrá cuando, como consecuencia de su creciente capacidad y organización sindical, la clase proletaria asumiera la dirección de la producción y del transporte, poniendo fin al ciclo histórico del capitalismo¹.

En cuanto a los anarquistas, su Revolución Social, sería protagonizada por toda la humanidad consciente y se operaría por un cambio mental generalizado y por acciones las cuales, fuera de la política, prácticamente no admitían exclusiones ya que podrían cubrir el arco iris que iba del atentado subversivo y el complot, hasta el trabajo legal en los sindicatos de oficio. Aquí, como en el caso de los sindicalistas, también cabe hacer algunos reparos: a pesar de admitir las acciones subversivas y no excluir a los militantes pertenecientes a círculos no-obreros, en la práctica, los anarquistas operaban muchas veces de una forma menos diferente con respecto a los sindicalistas de lo que normalmente se presume. También su base más amplia y su lugar de militancia se encontraban en el seno de la clase trabajadora y en sus sindicatos. Variaban las formas de actuación: más indisciplinados y caóticos y menos planificadores y racionales que los sindicalistas, los libertarios pocas veces dudaban en prestar su solidaridad a todas las causas de los oprimidos, aún en acciones condenadas de antemano al fracaso. Utilizando un lenguaje metafórico, a veces se tiene la siguiente impresión de que cuando los sindicalistas trabajaban con los cuerpos de los trabajadores, los libertarios cuidaban sus almas. Sin embargo, durante los períodos de aceleración

⁸ C Paya y E. Cárdenas, “El primer nacionalismo argentino, Peña Lillo Editores, Buenos Aires, 1978

C. Altamirano y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario. Campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia, CEAL, 1983, Págs. 69-105.

¹ BNDT, n° 40, Febrero de 1919: “Las organizaciones Obreras de Buenos Aires”, por José E. Niklison.

de la historia, la utopía puede llegar a ser más realista y realizadora que el racionalismo material y prudente².

Los anarquistas rioplatenses, aunque se vinculaban con el mundo del trabajo de una forma diferente que los sindicalistas, no lo desdeñaban. Además de su aversión casi visceral a la disciplina, sus diferencias con los sindicalistas se encontraban en su rechazo al cambio gradual o a la estrategia de llegar a la sociedad ideal mediante escalas. Esto implicaba que el espacio laboral no necesariamente constituía el lugar privilegiado donde se operarían los cambios radicales. Como los social-revolucionarios rusos del siglo XIX, en la mayoría de sus militantes predominaba la idea de la destrucción de lo existente para después instaurar la sociedad sin autoridades de ningún género y del trabajo liberado de todos sus aspectos oprobiosos.

Y si bien no poseían una teoría medianamente elaborada sobre el cambio social –sobre todo la laguna de un esbozo de transformación económica era notoria- ésta parecía hallarse en algún punto intermedio de la línea que iba de la destrucción de todos los poderes existentes según el mapa trazado por Bakunin, a la regeneración de la humanidad por el cambio mental, prefigurada por las prácticas de la solidaridad, según Kropotkin.

Es dable preguntar si en el Río de la Plata existen evidencias realmente concretas sobre la existencia de una vinculación histórica entre la dimensión utópica de las prácticas obreras con la visión sobre el lugar y función del trabajo en las utopías escritas. O sea, se trata de la indagación sobre las influencias recíprocas entre las experiencias y escritos utópicos. Esta relación no está “naturalmente dada” y difícilmente se la menciona en los trabajos de historiadores y cronistas del movimiento obrero. Sin embargo en el Río de la Plata de las primeras tres décadas del siglo XX, los luchadores sociales no sólo bregaban por el saber y el dominio sobre el proceso de trabajo o por la dignidad del obrero como tal sino que, al mismo tiempo, abrían un frente de combate bien diferente, al menos si considerado en forma superficial. Existió una proliferación de los escritos utópicos donde el trabajo liberado de la opresión del capital, ocupaba, con frecuencia, un lugar preponderante.

Desde comienzos del siglo XX, las librerías obreras de Buenos Aires, Montevideo, Rosario o Bahía Blanca ofrecían traducciones de “La Conquista de Pan” y “Apoyo Mutuo” de Pedro Kropotkin, “Noticias de Ninguna Parte” de William Morris o “Después de 100Años” o “El Año 2000” de Edward Bellamy, junto a las utopías vernáculas como “Buenos Aires bajo el Régimen Socialista” de Julio Dittich o los escritos de Pierre Quiroule³.

² A pesar de lo afirmado, no concuerdo con la posición de Edgardo Bilsky en el punto de que los anarquistas no tuviesen una posición clasista. La base social del anarquismo, eran los trabajadores y algunas afirmaciones de Gilimón, López Arango y otros, no deben llevar a reemplazar el nivel de las acciones por el de las ideas.

³ Pierre Quiroule – “la piedra que rueda”- seudónimo de Joaquín Alejo Falconnet, nacido en 1869 en Lyon y emigrado de niño a la Argentina, escribió tres utopías: “En la Ruta de la Anarquía”, de 1909 (publicada en 1912); “La Ciudad

Las utopías colectivas posteriores a la Revolución Francesa suelen representar no sólo una crítica social y un espejo inverso de lo existente, sino que también revelan las ideas de sus autores sobre el cambio social, la función y el lugar del trabajo en ese cambio y el carácter de la sociedad regenerada. En cambio, las utopías renacentistas de Moro, Bacon y Campanella, nunca describían la manera en que se realizaría la transición con un país utópico ya plenamente realizado, autosuficiente y sin historia. Tampoco existe en esas construcciones utópicas un deseo de realizarlas. Ahora bien, esto cambia radicalmente en el siglo XIX, en que las utopías no sólo se “escriben” sino también se “realizan y viven”. En la Era de la Burguesía, lo utópico ya no es sinónimo de “imposible”.

Sin duda la principal utopía en el Río de la Plata fue “La Ciudad Anarquista Americana” de 1914, donde Pierre Quiroule describe cómo la Revolución Social en El Dorado –una Argentina de difusas fronteras- fue protagonizada por una legión de 200 voluntarios (socialistas, anarquistas y sindicalistas) españoles, ingleses, alemanes, franceses, italianos y rusos- llegados de Europa especialmente para ese objetivo- los cuales formaron en el espacio de cinco años una Legión Libertaria formada por europeos y americanos⁴.

El fin de la Sociedad Capitalista en la Argentina se operó mediante el secuestro de la Pareja Real – hacia 10 años que El Dorado se había transformado en una Monarquía- de los ministros de Guerra, Marina y Religión y de algunas otras personas notables, se volaron todas las rutas de acceso a “Las Delicias” (Buenos Aires) y se bombardearon con aeroplanos los centros neurálgicos del poder, en orden cronológico: los *dreadnoughts* del puerto, los cuarteles, las estaciones de telegrafía, la casa del gobierno y los arsenales, bancos, tribunales y archivos de la monarquía⁵. En una segunda acción se destruyeron los *insolentes palacios de los colosos de la prensa y los edificios carcelarios*. Parecía, sin embargo, que Falconnet se estaba olvidando de algo importante: bombardear a Iglesias y conventos; pero no, aunque se acordó un poco tarde, los hace desaparecer también entre las

Anarquista Americana” de 1914 y En la “Soñada Tierra del Ideal” de 1924. el ejemplar utilizado de “La ciudad...” es la versión española de Ediciones Tuero, Madrid, 1991. Esta edición tiene un extenso comentario de los autores Luis Gómez Tovar, Ramón Gutiérrez y Silvia A. Vázquez. Antes de 1991, “La Ciudad Anarquista Americana”, era más conocida por una edición recortada en sus dos terceras partes y publicada junto a una utopía socialista, bajo el título “Dos Utopías Argentinas”, Buenos Aires, Solar/ Hachette, 1976. La otra utopía es de Julio O. Dittrich y se denomina Buenos Aires en 1950 bajo el Régimen Socialista y había sido publicada por primera vez en 1908. Posiblemente “La Ciudad Anarquista Americana” de Quiroule, fue una respuesta a la construcción socialista, la cual, como fue el caso de “Looking Backward” de Edward Bellamy, enfatiza la igualdad por encima de la libertad.

⁴ Pierre Quiroule. “La Ciudad Anarquista Americana”. La descripción de cómo se operó el cambio se encuentra en los capítulos 16 a 24.

⁵ Nada menos que tres veces Quiroule insiste en la destrucción de los archivos; no se trata tan aquí sólo de hacer tabla rasa con el pasado o borrar a la memoria histórica sino también destruir a los registros de propiedad de la clase burguesa. En una visión algo idealista, se pensaba que, destruyendo los títulos de propiedad se destruía el régimen de propiedad privada.

llamas. Asimismo, los revolucionarios aprovecharon su ordalía para incinerar a los *inmundos conventillos y demás pocilgas hediondas que servían de vivienda a los proletarios*.

¿Y la clase obrera local? Fuera de los reclutados para formar las legiones secretas, la clase obrera organizada no juega ningún papel en la acción destructiva de los poderes existentes. Es más, durante el período conspirativo se la mantuvo premeditadamente alejada de toda participación, tanto para no comprometer a los dirigentes sindicales y al pueblo como para mantener el sigilo sobre las acciones. Al contrario, la clase obrera con su papel en la reorganización del trabajo, pasa a ser la principal preocupación, en el período inmediatamente posterior a la Revolución. Dos años después de la Revolución se produce el abandono de “Las Delicias” –el monstruo urbano- y el comienzo de la construcción de las comunas libertarias. Esta última tarea se realiza en base de la simbiosis de la ciudad con el campo, con una vuelta al trabajo rural pero con residencia en ciudades “platónicas” no mayores de 10.000 habitantes⁶.

En la más extensa de las utopías escritas por Quiroule, el lector se puede detener en varios aspectos: en la eliminación del Estado, de la Iglesia y del Ejército; en la organización arquitectónica de la ciudad; en el sistema de educación o en inventos como el *vibráliber*, una producción doradiana para liberar con sus rayos mortíferos al proletariado europeo. Sin embargo, el tema capital en ésta y otras utopías del autor es *el hombre liberado de la opresión del trabajo* y en esto está muy próximo a William Morris. Considera Quiroule que muy poco se adelanta en una sociedad comunista –es el término que usa y que subraya el carácter igualitario de la misma- si el hombre y la mujer continúan esclavos del trabajo industrial viviendo hacinados en ciudades sin aire, sin luz y alienados del mundo natural. Por eso la vuelta al campo al estilo de los *narodniki* rusos del siglo XIX, representa la feliz síntesis entre la cultura urbana y la naturaleza.

Diez años después, con “En la Soñada Tierra del Ideal”, se observan algunas variantes, cambios a los cuales no resulta ajena la experiencia concreta de la Revolución Rusa de 1917, el auge del sindicalismo –revolucionario en la región y el pasaje de grupos de anarco-comunistas a posiciones anarco-bolcheviques y sindical-revolucionarias. En 1924, no se menciona cómo se operó concretamente la revolución para destruir al poder burgués, pero sí cómo los sindicalistas se apoderaron del poder económico y de la organización de la sociedad post-revolucionaria mediante la instauración de la *Dictadura del Trabajo*, la cuál duró siete años. Una *Dirección Sindicalista*

⁶ Las alusiones a la Argentina son constantes y transparentes. Por otra parte, el tamaño de la ciudad revela la virtud de la moderación según lo expresara ya Platón en su “La República” y lo reproducirían los escritores de utopías a partir de Tomás Moro. Ni las fauces del monstruo urbano de la Megalópolis, ni el villorrio de idiotas rurales, era el desideratum de estos pensadores.

Central, regía una serie de oficinas de control del trabajo, las cuales distribuían bonos, como forma de pago a la labor realizada, canjeables por comida, ropa, electricidad y vivienda⁷.

La posición de Quiroule frente a la etapa dictatorial es ambigua. En principio, no legitima a la dictadura, pero la considera, en cierta manera al menos, necesaria tanto para la reorganización económica, como para obligar a la clase parasitaria a trabajar. En fin, después de un septenio, la República Sindicalista comienza a desintegrarse cuando sus dirigentes entran en conflicto con los productores agrarios y se encuentran frente al continuo éxodo urbano y el crecimiento de las comunas rurales, sustentadas éstas sobre fundamentos no sindicalistas.

En ambas utopías, demasiado brevemente reseñadas aquí, hay continuas alusiones a la sociedad argentina de aquellos tiempos. Así entran en escena el poder del movimiento obrero, la Revolución Rusa y la estrategia sindicalista de ir apoderándose, de forma gradual, de la organización económica, intentando remplazar a la administración empresarial burguesa por la proletaria. Entre una gran variedad de mensajes, se encuentran con una fuerte intertextualidad con “Noticias de Ninguna Parte” de William Morris, sin duda una obra cumbre del género utópico no ignorada por Quiroule y otros anarquista rioplatenses⁸. En cuanto a la etapa del socialismo consolidado, Quiroule y Morris se asemejan bastante. Ambos presentan a una sociedad donde el trabajo pasó de ser esclavizante a liberador; existe un predominio de la economía rural y el abandono de la gran industria de las megalópolis insalubres y, por último, reina el libre consenso en todo con la supresión de imposiciones autoritarias de cualquier género.

Visto bajo el ángulo de la historia de las utopías –y habría que nombrar al menos a las obras seminales de Pedro Kropotkin, tales como tan importantes para la obra quirouliana como “Noticias de Ninguna Parte”- las frases declamatorias sobre las construcciones socialistas futuras de las Declaraciones de Principios de los congresos obreros, adquieren una dimensión nueva y lo mismo acontece con los avances sobre el proceso de producción de la riqueza social en los espacios laborales de la orla marítima, de las canteras, de la pampa cerealera o de la infraestructura de transporte terrestre, fluvial y marítimo.

⁷ Pierre Quiroule. “En la Soñada Tierra del Ideal” Buenos Aires, ED. Fuego, 1924. Esos 7 años de dictadura no representaban un número cabalístico o arbitrario. En 1924, hacía 7 años que la Revolución había triunfado en Rusia. Quiroule recibió calurosamente a ese acontecimiento y era un compañero periférico del grupo de los anarcobolcheviques. Así, por ejemplo, a partir de Mayo de 1921, no tiene más acceso a “La Protesta”. Parece que en 1924 se había apagado bastante su entusiasmo por la revolución de los Soviets, ya que sólo admite como mal menor, la etapa de una dictadura del trabajo, él no habla de, dictadura del proletariado y tampoco de una, dictadura política.

⁸ William Morris. “News from Nowhere”. 1890. Se ha utilizado la traducción española la cual lleva como título “Noticias de Ninguna Parte” o “Una Era de Reposo (Capítulos para una Novela Utópica)”. Madrid, ED. Ciencia Nueva, 1968. el resumen sobre el cambio social imaginado por Morris es del capítulo XVII. La obra del autor socialista y libertario inglés era tempranamente conocida en Buenos Aires.

Si “News from Nowhere”, suele ser considerado como una respuesta libertaria al exceso de dirigismo, burocratismo y tedio utópico de “Looking Backward” de Bellamy, las utopías de Quiroule de 1912 y 1914, posiblemente sean una respuesta a la construcción de Julio O. Dittrich, “Buenos Aires Bajo el Régimen Socialista” de 1908. Dejando de lado la cuestión de la toma o de la destrucción de los poderes políticos y económicos del capitalismo, la gran diferencia entre Bellamy y Morris, por un lado, y Dittrich y Quiroule, por el otro, estriba en el régimen laboral en la sociedad liberada. Éste es de índole reglamentaria, fabril y urbana para los primeros y libertaria urbano y rural para los últimos. Los socialistas piensan, ante todo, en las necesidades económicas y en la organización y los libertarios anteponen el pleno desenvolvimiento de las potencialidades individuales dentro de la estructura colectiva igualitaria⁹.

En la utopía de Quiroule de 1924, el intercalado de siete años de Dictadura del Trabajo, refleja el período de entusiasmo del autor por la Revolución Rusa – entusiasmo, el cual, en ese año, se estaba extinguiendo en el autor. En efecto, el utopista nacido en Lyon, había adoptado, junto a los anarcobolcheviques, posiciones próximas al sindicalismo-revolucionario, consistentes en una revolución protagonizada por los sindicalistas los cuales implantarían, después del triunfo revolucionario, un breve período de dictadura para eliminar la resistencia de los privilegiados antes de pasar al pleno reinado de una comunidad libertaria.

Si “La Ciudad Anarquista Americana” tuvo, en 1914, una divulgación mucho más amplia que, diez años después, “En la Soñada Tierra del Ideal” fue debida no sólo a una extensión y vuelo menor de esta última, sino que en 1924 el tiempo de las utopías colectivas, se había agotado frente a las experiencias de la lenta pero inexorable instalación de la sociedad de consumo, de la emergencia de los fascismos y – como hito relevante- de la propia experiencia de una utopía realizada a escala ampliada. Está claro que la referencia es a la Revolución Rusa, experiencia que contribuyó en gran medida a matar esta forma de reflexión social, lo cual no lo había conseguido el socialismo científico del siglo XIX. Por eso, esta última utopía de Quiroule –probablemente también la última especie de este género en el mundo entero- publicada sólo seis años antes de la contra-utopía “Un admirable Mundo Nuevo” de Aldous Huxley, tiene un significado especial. No deja de llamar la atención el hecho de que Joaquín Alejo Falconnet, siete años después de la Revolución Rusa, insistiera en el tema de una construcción de una sociedad que osara eliminar a la gran industria y a las metrópolis y en la que las invenciones tecnológicas se diseñaban, no para una mega producción de mercancías sino para el alivio del trabajo, al que se pretendía mantener en una escala adecuada a la condición humana, con el objetivo de garantizar la felicidad futura de todos los habitantes de la

⁹ El trabajo de Bellamy fue publicado en Buenos Aires en 1902, 1907 y 1909 por la Biblioteca “La Nación”, bajo el título de “Cien Años Después o El Año 2000”. Ver, Félix Weimberg, op. cit. p. 75.

región¹⁰. A pesar de que Quiroule caracteriza su trabajo de 1924 como una “Dictadura del Trabajo”, ni él ni los otros utopistas libertarios compartían con los socialistas o fascistas la concepción que sólo un “gran sacrificio en el presente” –planes quinquenales, militarización del trabajo, banderas en las torres-, abrirían las puertas a un futuro esplendoroso¹¹.

Es interesante remarcar el rol del gaucho que es tratado reiteradamente con especial simpatía en el libro de Quiroule. Cuando escribe el gran Coliseo recuerda que entre las obras escultóricas que lo adornan, realizadas en mármol y en tamaño natural, hay una alegoría de antiguas costumbres. Esta representaba al “gaucho legendario, sentado; las piernas cruzadas y a la sombra del ombú solitario, delante del rústico y humilde rancho, arrancando el improvisado canto, mientras que el mate tradicional circula de mano en mano entre los oyentes silenciosos, agrupados en derredor suyo, y que, junto al poste cercano al cual está sujeto por la rienda el brioso “pingo” espera, dando con la cabeza bruscos tirones de impaciencia”¹²

Difícilmente se es demasiado prudente cuando se trata de establecer los vínculos entre las experiencias reales y las ideas escritas. Las cosas por escribirse no se vuelven realidad. Sin embargo existen algunas evidencias que apuntan tanto hacia una presencia utópica en las luchas obreras como hacia la influencia de las utopías escritas sobre las prácticas de los trabajadores. En primer lugar, como se ha señalado, las librerías y bibliotecas obreras, ofrecían a su público lector las utopías de Morris, Bellamy, Dittrich o Quiroule quiere decir que una minoría de los trabajadores, difícilmente cuantificable, estaban en contacto con el pensamiento utópico. En segundo lugar –y esto parece más importante-, dentro del ideario y de las prácticas sindicalistas revolucionarias y libertarias existían elementos que apuntaban hacia la construcción de una sociedad diferente, sociedad que se edificaría sobre las ruinas de la anterior para los anarquistas o sería el resultado del desarrollo del “embrión social del futuro”, gestado en el seno de las prácticas sindicales. Sin las presencias de estos elementos utópicos difícilmente se pueden entender las luchas sociales en toda su amplia gama de riquezas y presagios.

¹⁰ No es aquí el lugar para examinar con más detalles a la utopía de 1924 en aspectos no relacionados directamente con el objetivo del trabajo. Sólo basta mencionar que: Quiroule entra en temas como el tedio utópico, o sea, ese viaje de aburrimento en un mar de aceite. Se prefigura también en Quiroule, como en Morris, la preservación de la naturaleza –humana y ambiental- contra la agresión de la producción a escala ampliada. Esto se puede notar en los coches a caballo Morris todavía usa en el tercer milenio y en los autos y camioncitos a batería eléctrica puestos en circulación por Pierre Quiroule.

¹¹ El filósofo argentino Rubén Dri, sostiene que la idea del gran sacrificio en aras de un gran porvenir, es un mito que ya se encuentra en la Biblia y se continúa utilizando en la actualidad. Todo gran proyecto para el futuro se lanza en combinación con un anclaje mitológico en el pasado y, sobretodo, con el apelo al sacrificio en el presente que lo hace viable. La implantación del socialismo real fue un ejemplo histórico notable y – para el profesor Dri al menos- el proyecto neoliberal, en su aplicación en países periféricos, se presenta bajo consignas y además como única posibilidad y bajo la faz única del libre juego de las fuerzas del mercado. Ver, Rubén Dri. “Mitos Fundantes de Nuestra Cultura”.

¹² Félix Weinberg, Dos Utopías Argentinas de Principios de Siglo. Buenos Aires, Ediciones: Hyspamérica, Pág. 68, 1986.

Es verdad, y se ha señalado, que muchas de las luchas entabladas entre los obreros y la patronal y el Estado entre 1918 y fines de 1921, tenían como motivación, la recuperación de las pérdidas salariales sufridas durante la Crisis de la Primera Guerra Mundial de un impacto devastador en el Río de la Plata. Sin embargo, no se concuerda con David Rock, el cual reduce casi por entero las luchas de la época a ese objetivo material. No hay dudas que las acciones de los trabajadores marítimos, portuarios y jornaleros rurales de la Pampa Húmeda o de la Patagonia, así como los trabajadores de los ingenios y taninerías del Norte Argentino –en el auge del “Clima Social de la Época” –revelaban también una dimensión utópica en su resistencia contra la explotación y este es uno de los puntos centrales que se pretende haber demostrado tangencialmente en este trabajo.

En efecto, sindicalistas y anarquistas habían propagado el proyecto de una sociedad futura –donde el trabajo y sus frutos estaban socializados, la propiedad privada abolida y donde todo se debatía en asambleas- tanto al interior fluvial y patagónico y es justamente los trabajadores criollos del Norte el chileno del Sur, el que con mayor fuerza se levantó contra la explotación capitalista. Las acciones en el Norte de Santa Fe, en Las Palmas y en Santa Cruz, difícilmente respondían al padrón disciplinado de la acción de la Federación Obrera Marítima; los obreros rebelados en Villa Guillermina, Villa Ana y Tartagal, se defendían con armas en la mano contra las fuerzas del orden y carneaban reses de las estancias de La Forestal; los obreros de Las Palmas tuvieron que enfrentar a sus colegas indígenas armados por la patronal y las dislocaciones de las peonadas chilenas –acompañadas por algún que otro ácrata extranjero- por los extensos espacios patagónicos, con secuestro de caballadas y toma de rehenes, mucho se parecía a la creación de un espacio utópico y la inserción de una temporada de libertad, en una época y región dominadas por el capitalismo salvaje. Si la mayoría de esas acciones y luchas terminaron en derrotas, son cuestiones que las sabemos nosotros ahora; en cambio los protagonistas de la época, lucharon en sus propios términos, por objetivos variados que consideraban justos.

Las utopías sociales que proliferaron en Occidente entre 1880 y 1914, servían, por lo menos, para un objetivo claro: introducir en el imaginario colectivo de los trabajadores la idea de que era posible otra sociedad y que en esa futura sociedad la relación de mujeres y hombres con la naturaleza y el modo de producir la riqueza social, levantaría la enajenación radical fruto de las relaciones de explotación. La importancia de la utopía –la cual, ahora, en el siglo XXI, se hace sentir más necesaria que nunca- estriba justamente en el hecho señalado por algunos pensadores, de que ella intenta acabar con dos ilusiones contrapuestas: creer que el lugar donde uno se encuentra es el único posible y, a la inversa, la creencia de que el lugar imaginado existe en la realidad; aunque no dejan de ser dos ilusiones erradas y perniciosas. Sin embargo, esta última dimensión, sólo se revelaría

años más tarde con el apogeo del socialismo real soviético. Durante el “Trienio Rojo”, los luchadores sociales rioplatenses como Pierre Quiroule, Francisco García o Antonio Soto, contestaban con sus escritos y prácticas la idea de que el modelo social y laboral y económico hegemónico en una determinada etapa histórica, era el único racional y posible.

BIBLIOGRAFÍA:

Abad de Santillán, Diego: Memorias, 1897-1936, Barcelona, Planeta, 1977.

_____ : Estrategia y táctica, Madrid, Júcar, 1976.

_____ : El movimiento anarquista en la Argentina desde sus comienzos hasta 1910, Buenos Aires, Argonauta, 1930.

_____ : La FORA (1933): ideología y trayectoria, Buenos Aires, Proyección, 1971.

_____ : “Bibliografía anarquista argentina” en Timón, Barcelona, septiembre de 1938.

Alsina, Juan A: La emigración europea al Río de la Plata; motivaciones y proceso de incorporación, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1966.

_____ : La inmigración en el primer siglo de la independencia, Buenos Aires, 1910.

Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz: “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en C. Altamirano y B. Sarlo, Ensayos argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia, Buenos Aires, CEAL, 1983.

Álvarez Junco, José: La ideología del anarquismo español (1868-1910), ED. Siglo XXI, Madrid, 1976.

Aricó, José: La Hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Bailey, Samuel L.: Labor, Nationalism and Politics in Argentine, New Brunswick, Rutgers University Press, 1967.

Balestra, Juan: El 90. Una evolución política argentina, Buenos Aires, ED. Hyspamérica, 1985.

Barrancos, Dora: Reseña del libro de Hernán Díaz, Alberto Ghirardo, Anarquismo y Cultura, en Entrepasados, revista de historia, Buenos Aires II, 2, 1992.

_____ : Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo, ED. Contrapunto, Buenos Aires, 1990.

_____ : Educación, cultura y trabajadores (1890-1930), Biblioteca Política Argentina, CEAL, 1991.

Bakunin, Miguel: *Estatismo y Anarquía*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984.

_____ *La Instrucción Integral*, Barcelona, Pequeña Biblioteca Calamvs Scriptorius, 1979.

Bagú, Sergio: *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina*. Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A., 1961.

Belloni, Alberto: *Del anarquismo al peronismo: Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, ED. A. Peña, 1960.

Bianchi, Edmundo: *La utopía*, Montevideo, Biblioteca de la Rebelión, s/f.

Botana, Natalio: *El Orden Conservador. La política argentina entre 1880-1916*. Editorial: Hyspamérica, Bs. As., 1986.

Bryce, J.: *La América del Sur. Observaciones e Impresiones*. The Mac. Millam Company, 1914.

Carulla, Juan: *Al filo del medio siglo*, Buenos Aires, Editorial Llanura, 1951.

Cantón, Darío, Moreno, José L. Y Ciria, Alberto: *La democracia constitucional y su crisis*, Buenos Aires, Paidós, Vol. 6 de "Historia Argentina", 1984.

Cantón, Darío: "El parlamento argentino en épocas de cambio: 1889, 1916 y 1946", *Desarrollo Económico IV*, abril-junio 1964, pp. 21-48.

Camarero, Hernán: *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920 – 1935*, editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.

_____ y Herrera, Carlos: *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, editorial Prometeo, Buenos Aires, 2005.

Carr, E. H.: *Bakunin*, Macmillan and Company, Londres, 1937.

_____ : *Los románticos del exilio*, Macmillan and Company, Londres, 1968.

Cepeda, Alfredo: *Los Utopistas*, Buenos Aires, ED. Futuro, 1990.

Clemenceau, G.: *Notas de Viaje por América del Sur*. Cabant y Cía editorial, 1911.

Cúneo, Dardo: *Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina*, Buenos Aires, ED. Alpe, 1956.

_____ : *Inmigración y nacionalidad*, Buenos Aires, ED. Paidós, 1967.

Darío, Rubén: "Canto a la Argentina" en *Obras Completas*, Buenos Aires, El Ateneo, 1953.

Del Campo, Hugo: *Los anarquistas*, Buenos Aires, CEAL, 1981.

Devoto, Fernando y Rosoli, G. eds.: *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1985. (y toda la producción realizada por F. Devoto en derredor de la inmigración italiana en la Argentina hasta su obra publicada en 2007).

Díaz, Hernán: *Alberto Ghirardo: anarquismo y cultura*, Biblioteca Pública Argentina, CEAL, Buenos Aires, 1991.

Dickman, Enrique: Recuerdos de un militante socialista, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949.

Dorfmann, Adolfo: Historia de la industria Argentina, Solar/ Hachette, Bs. As., 1970.

D'Orleans Braganza, L.: Sous la Croix du Sud. París, ED: Librairie Plon, 1912.

Dri, Rubén: Mitos Fundantes de Nuestra Cultura. Buenos Aires, 2001.

Gallo, E. y Cortés Conde, R.: La República Conservadora, Buenos Aires, Editorial Paidós, Vol. 5 de "Historia Argentina", 1984.

García Costa: El obrero: Selección de textos. CEAL, Biblioteca Política Argentina, Bs. As., 1970.

Ghiraldo, Alberto: La tiranía del Frac, Buenos Aires, Biblioteca Popular Martín Fierro, 1905.

_____ : Crónicas Argentinas, Buenos Aires, 1912.

Gálvez, Manuel: Amigos y maestros de mi juventud. Recuerdos de la vida literaria (1900-1910), Buenos Aires, Editorial G. Kraft, 1944.

Gilimón, Eduardo: El anarquismo en los gremios, Buenos Aires, 1921.

_____ Para los que no son anarquistas, Buenos Aires, 1920.

Godio, Julio: El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes asalariados y lucha de clases 1880-1910, La Plata.

_____ : El movimiento obrero argentino, socialismo, anarquismo y sindicalismo. Legasa, Buenos Aires, 1987/8.

_____ : Historia del movimiento obrero latinoamericano 1. Anarquismo y socialismo 1850-1918, ED. Nueva Imagen, México, 1980.

_____ : El movimiento obrero en América Latina, 1991.

Gori, Pedro: La Anarquía ante los tribunales seguido de vuestro orden y nuestro desorden, Barcelona-Palma de Mallorca, Olañeta editor, 1978.

Gramsci, Antonio: Cuadernos de la Cárcel. Turín. Einaudi, 1953.

Guerín, Daniel: El Anarquismo. De la doctrina a la acción. Buenos Aires. ED. Proyección, 1968.

Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto: Sectores Populares Cultura y Política. Buenos Aires en la entreguerra, Buenos Aires, Sudamericana, 1995 (nueva edición de siglo XXI, 2007)

Herrera, Julio: Anarquismo y defensa social, Buenos Aires, 1917.

Huret, J.: En Argentina. De Buenos Aires al Gran Chaco. Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.

_____ : En Argentina. De La Plata a la Cordillera de Los Andes. Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.

Kropotkin, Pedro: La moral anarquista, Madrid, 1903.

_____ : El apoyo mutuo, Buenos Aires, América lee, 1946.

_____ : La Conquista del Pan, Barcelona, ED. Mateau, 1971.

- _____ : Folletos Revolucionarios, Ley y Autoridad, Barcelona, Tusquets, 1977.
- _____ : Panfletos Revolucionarios, Madrid, ED. Jorge Álvarez Junco, Editorial Ayuso, 1977.
- _____ : Conferencias: el Estado y su rol histórico, s.i.p., 1923.
- Locascio, Santiago: Maximalismo y Anarquismo, Buenos Aires, Vicente Bellusci Editor, 1919.
- Malatesta, Errico: Anarquismo y anarquía, Buenos Aires, Tupac Ediciones, 1988.
- Marotta, Sebastián: El Movimiento Sindical Argentino. Bs. As. Ed: Lacio, (dos tomos), 1960 y 1961.
- Matsushita, Hiroschi: Movimiento Obrero Argentino 1930/1945. Sus proyectos en los orígenes del Peronismo. Buenos Aires. Editorial: Siglo XXI, 1987.
- Mella, Ricardo: El ideal anarquista, Barcelona, s/f.
- _____ : La lucha de clases, Buenos Aires, B. Fueyo editor, s/f.
- _____ : Sindicalismo y Anarquismo, Buenos Aires, B. Fueyo editor, s/f.
- Morris, W.: Noticias de Ninguna Parte, Madrid, Ciencia Nueva, 1968.
- Nettlau, Max: Esbozo de historia de las utopías, Buenos Aires, Imán, 1934.
- Nido, Enrique: El pensamiento filosófico y el anarquismo, Rosario, 1921.
- Oddone, Jacinto: Historia del Socialismo Argentino, Bs. As., Ed: La Vanguardia, (2 tomos), 1934.
- _____ : Gremialismo Proletario Argentino. Bs. As., Ed: La Vanguardia, 1949.
- Plejanov: Anarquismo y Socialismo, Buenos Aires, Editorial Sudam, s/f.
- Prieto, Adolfo: El discurso criollista en la formación de la Argentina Moderna, Buenos Aires, Sudamericana, 1988 (nueva edición de Siglo XXI, 2006).
- Proudhon, Pierre: El principio del arte y su destino social, Barcelona, 1905.
- _____ La sanción moral, Valencia, Sempere, 1909.
- _____ El principio federativo, Madrid, Sarpe, 1985.
- _____ La capacidad política de la clase obrera, Madrid, Ediciones Júcar, 1977.
- _____ Idea general de la Revolución en el Siglo XX, Barcelona, Montaner, 1968.
- Quiroule, Pierre: La ciudad anarquista americana, Buenos Aires, La Protesta, 1914.
- _____ : Sobre la ruta de la anarquía, Buenos Aires, Bautista Fueyo, 1911.
- _____ : Orientación social. Para alcanzar la suma máxima de bienestar y libertad individuales, Buenos Aires, 1920.
- _____ : Para meditar: al obrero y obrera huelguista, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía., Tomo IX, 1917.
- Rusiñol, S.: Un Viaje al Plata. Prieto y Cía. editores, 1911.

- Sarmiento, Domingo: Facundo, Civilización o Barbarie. Buenos Aires, La Nación, 1990.
- Schumpeter, Joseph A.: Capitalismo, Socialismo y Democracia. Madrid. Editorial: Aguilar S.A., 1968.
- Solomonoff, Jorge: Ideologías del Movimiento Obrero y Conflicto Social: de la organización hasta la Primera Guerra Mundial. Buenos Aires, Proyección –1971/ Tupac, 1980.
- Spalding, Hobart: La Clase Trabajadora Argentina. Galerna, Bs. As., 1970.
- Suriano, Juan: Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890 – 1910, Cuadernos Argentinos Manantial, Bs. As., 2001.
- _____ : “Capítulo VII: El Anarquismo” en Nueva Historia Argentina, Tomo V: El progreso, la modernización y sus límites (1880 – 1916), Dirección del Tomo: Mirta Zaida Lobato, Editorial Sudamericana, Buenos Aires / Impreso en Barcelona (España), 2000.
- _____ : “Ideas y prácticas “políticas” del anarquismo argentino”, en Entrepasados, N° 8, 1995.
- _____ : “Banderas, héroes y fiestas proletarias. Ritualidad y simbología anarquista a comienzos del siglo”, en Boletín, Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, N° 15, 1ª semestre de 1997 (1998).
- Sux, Alejandro: Bohemia Revolucionaria, Buenos Aires, Biblioteca de la Vida Editorial, 1909.
- Weinberg, Félix: Dos Utopías Argentinas de Principios de Siglo. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Zaragoza, Gonzalo: Anarquismo Argentino (1876-1902). Madrid, Ediciones: De La Torre, 1996.

Órganos de Consulta:

- Federación Libertaria Argentina (F.L.A.).
- Archivo General De la Nación.
- Biblioteca del Instituto de Investigaciones Históricas “Dr. Emilio Ravignani”.
- Facultad de Filosofía y Letras / Universidad de Buenos Aires.
- Cedinci.

